

Estudio sobre el "Romance de Lisardo" o "Amores góticos"

Mercedes Díaz

29 año de Letras Españolas-Filosofía

Nota de la redacción:

El romance que damos a continuación fue descubierto hace unos meses en el sótano de una vieja casona de San Ángel, por una persona allegada a esta Universidad. Varios alumnos de Letras Españolas, profundamente interesados por el hallazgo, se ocuparon de él. Uno de los estudiantes más avanzados en el campo de la literatura medieval, hizo el estudio que hoy publicamos, destacando las principales cualidades y examinando, desde diversos puntos de vista, los muchos valores que este romance contiene. Esperamos que la publicación en nuestra revista, tanto del romance original como del mencionado estudio, despierte el interés de los eruditos a cuya disposición, desde luego, pondremos el manuscrito, con el único requisito de un fuerte donativo, que se destinará al incremento de las investigaciones filológicas en nuestro país.



ROMANCE DE LISARDO O AMORES GÓTICOS

A cuatro leguas de Pinto
y treinta de Marmolejo,
existe un castillo viejo
que edificó Chindasvinto.

Perteneció a un gran señor,
algo feudal y algo bruto.
Se llamaba Sisebuto
y su esposa Leonor.

Cunegunda era su hermana,
y su tía Berenguela,
y una hermana de su abuela
que atendía por Mariana.

Era una noche de invierno,
noche faltal y espantosa,
noche horrible y tenebrosa,
noche atroz, noche de infierno.

En un gótico salón
reposaba Sisebuto
y un lebril seco y enjuto
dormía en el portalón.

Cabalgando en un corcel
de color verde botella,
raudo como una centella
llega al castillo un doncel.

Empapada trae la ropa
por efecto de las aguas,
como no lleva paraguas
viene el pobre hecho una sopa.

Llega al foso, salta el muro,
la poterna está cerrada.
—¡Me ha dado mico mi amada,
exclama, vaya un apuro!

De pronto algo que resbala
siente sobre su cabeza.
Tiende la mano y tropieza
con la cuerda de una escala.

¡Ah!, dice con fiero acento.
¡Ah!, vuelve a decir gozoso.
¡Ah!, repite victorioso.
¡Ah, ah, ah!, y así hasta ciento.

Sube que sube que sube,
trepas que trepas que trepas,
en brazos cae de un querube,
la hija del conde: la Pepa.

En lujoso camerín
introduce a su adorado
y al notar que está mojado.
lo seca bien con serrín.

—Lisardo, mi bien, mi anhelo,
el único que yo adoro,
el de los cabellos de oro,
el de la nariz de cielo.

—¿No sientes nada a mi lado?
¿Qué sientes Lisardo amado?
Dí, ¿qué sientes?
—Siento frío.

—¿Frío has dicho? Eso me espanta.
¿Frío has dicho? Eso me inquieta.
¡No llevarás camiseta!, ¿verdad?
Pues toma una manta.

—Ahora hablemos del cariño
que nuestras almas disloca.
Yo te amo como una loca.
—Yo te quiero como un niño.

—Si no me quieres me mato.
—Si me olvidas me hago cura.
—¿Cura tú?, por Dios bendito.
No repitas esa frase en jamás de los
(jamases,

¡pues estaría bonito!

—Hija soy de Sisebuto
desde mi más tierna infancia,
y aunque es mucha su arrogancia,
y aunque es un tío muy bruto,
y yo sé a lo que me expongo,

¡Huyamos, vamos al Congo
a ocultar nuestros amores!
—Bien dicho. Bien has hablado.
Vámonos aunque se enojen.
Y si algún día nos cogen
que nos quiten lo bailado.

De pronto un ladrido
se escucha potente y fiero.
—¿Ves?, dice el caballero,
es el perro que me ha olido.

Se abre una puerta excusada.
Entra un hombre,
luego un can,
luego nadie,
después... nada.

—¡Hija infame!, rugen el conde.
¿Qué haces con este señor?
¿Dónde has dejado mi honor?
¿Dónde, dónde, dónde, dónde?

—Y tú cobarde villano.
Antipático.
Repara cómo señalo tu cara
con los dedos de mi mano.

Y sacando su puñal,
con un ademán certero,
le clavó el cortante acero
junto a la espina dorsal.

El pobre, naturalmente,
la diñó como un conejo.
Ella frunció el entrecejo
y enloqueció de repente.

También quedó el conde loco
de resultas del espanto.
El perro no llegó a tanto,
pero le faltó muy poco.

Y aquí termina la historia
verídica, espeluznante,
estremecedora, horrenda,
que entenebrece el recinto
de ese castillo tan viejo,
a cuatro leguas de Pinto
y treinta de Marmolejo.



ESTUDIO

El romance que nos ocupa fue encontrado en varias fojas sueltas, que reunidas debían de pertenecer, por su formato de bolsillo, a un librito destinado al uso de un juglar. La copia, pues se trata de una copia, es del siglo XVI, realizada posiblemente por un juglar toledano, hacia el año de 1527 (mes de junio probablemente). Nos basamos para tal aseveración en una nota, al final del manuscrito, que dice textualmente: "Toledo, junio de 1527."

No hemos podido averiguar, pese a nuestras exhaustivas investigaciones, cómo llegó a América esta copia. Podemos aventurar que fue traída desde España entre los papeles de algún conquistador, colonizador o emigrante español, a menos, claro está, que fuese enviada por correo con un propósito desconocido.

Aunque la copia es del siglo XVI, se trata indudablemente de un romance viejo. Fundamos nuestra afirmación en las tesis sostenidas por ilustres medievalistas como Milá y Fontanals (pronunciar con una *e* palatal palatalizada), Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal y Herr F. W. Strengermannwolff, entre otros, referentes a la coetaneidad de los romances con los sucesos que relatan. Según estas teorías, podemos decir que se trata de un romance del siglo XIII (hacia 1248) pues ya se halla prosificado en la Crónica berenjenense (s. XIV). En dicha crónica, al margen, en el lado izquierdo, se especifica que las noticias de tan sangriento episodio las dio un tataranieto de Sisebuto que había oído contar a su abuelo, cómo su pobre abuelo (el propio Sisebuto), completamente loco rugía a lo largo de los caminos mientras la baba se le caía: "Hija infame, hija infame, hija infame" (*sic*). Si tomamos un promedio de veinticinco años para cada generación, llegamos al siguiente cálculo: 1350-tataranieto; 1325-bisnieto; 1300-nieto; 1275-hijo; 1250-Rogelio (hijo mayor de Sisebuto); 1248-50- Pepa tendría 16-18 años (edad apta para el amor).

Una vez establecida la fecha de este romance, pasaremos a analizar el contenido del mismo y expondremos las conclusiones político-histórico-sociales a las que hemos llegado.

1) Lo primero que queremos hacer resaltar es la excelente calidad de las construcciones gordas. En efecto, el castillo de Sisebuto, edificado por Chindasvinto (532-622) estaba aún, en el siglo XIII, en perfecto estado de habitabilidad; ni tan siquiera había goteras en el salón, pues Sisebuto podía reposar allí en una noche de tormenta.

2) Los caballos de la Edad Media tenían la extraña cualidad de ponerse del color del refresco favorito de sus amos, por lo que podemos asegurar que Lisardo era afecto al pepermint o al ajeno muy cargado. No creemos sin embargo que ya existiera el squirt o algún refresco similar de casco verde. Naturalmente esto último queda sujeto a discusión y, a lo mejor, futuras investigaciones pueden arrojar más luz sobre esta interesante cuestión.

3) Lisardo era pintado, por ser éste el pueblo más cercano, aunque cabe la posibilidad de que fuera marmolejiano, en cuyo caso el caballo adquiriría un gran valor como medio de transporte entre dos puntos equitativamente alejados. Hay que hacer notar que en los registros parroquiales de ambos pueblos, no existe constancia alguna del bautizo de un Lisardo alrededor de 1228, pero esto puede deberse a una distracción momentánea del señor cura.

4) Los donceles en la Edad Media eran rubios y de nariz respingada, pues el autor, al tener que describir físicamente a su héroe, tomó naturalmente el

modelo de belleza que imperaba en esa época, o sea el godo. Ninguna influencia árabe se puede rastrear en este modelo de belleza nórdica (los árabes serían más bien morenazos). No lleva, por supuesto, nuestra observación, ninguna intención racista, nos limitamos a exponer nuestras ideas histórica y desapasionadamente. Nótese de paso, en la descripción de Lisardo, la poética relación entre la posición del apéndice nasal y las capas exteriores de la atmósfera.

5) Obsérvese la delicadeza del autor al tratar la figura de Mariana; nos dice que era "una hermana de su abuela" circunloquio por tía-abuela. Con toda seguridad recurrió a este rodeo, impulsado por la palabra "tía" que ya en aquella época tenía el significado peyorativo de "mujer de la calle".

6) Ya que acabamos de hacer dos observaciones en el plano estilístico, no podemos dejar de hacer notar la belleza que confiere la reiteración al romance en cuestión. ¡Qué mayor poesía que la contenida en estos dos versos:

"sube que sube que sube,
trepa que trepa que trepa".

7) Hemos de confesar que el nombre de la hija de Sisebuto nos sumió en un piélagos (mar) de reflexiones.

En efecto, ¿cómo es posible que la hija de un noble godo llevara un nombre que hoy es propio de cualquier portera o cupletista?

Se nos ocurren dos posibilidades, la primera y la segunda:

¿Acaso hubo alrededor de los años treinta (me refiero al siglo XIII) un movimiento de democratización entre la nobleza, y los condes, duques, etcétera, bautizaban a sus retoños con un nombre característico de las clases humildes?

¿Por qué, desde el siglo pasado, las clases humildes bautizan a sus criaturas con un nombre tan aristocrático como el de Pepa?

Nos parece que es la segunda teoría la que va a proporcionarnos valiosos indicios socio-psicológicos.

Efectivamente, nos hallamos frente a un intento de emparejamiento de clases, pero no por parte de la nobleza (el epíteto de bruto nos indica que Sisebuto era un reaccionario) sino precisamente por parte de las citadas porteras y cupletistas que desde el siglo XIX luchan por elevarse de la portería al piso principal y ¡oh inocencia del pueblo!, creen conseguirlo mediante un simple cambio de nombre.

8) Para los economistas, es interesante destacar la utilización, en la Edad Media, de uno de los subproductos de la madera (el serrín) para secar donceles, sangre, escupitajos (perdón), etcétera. Otro dato importante en este aspecto es el hecho de que Lisardo no llevaba camiseta (como Clark Gable en *Lo que el viento se llevó*); posiblemente la lana era rasposa y la delicada epidermis del rubio doncel no la soportaba.

9) Ya en la Edad Media las personas, aunque fueran donceles, olvidaban los paraguas cuando más falta hacían.

10) El Congo era un lugar tranquilo, sin disturbios provocados por intereses mezquinos y capitalistas, sino más bien un paraíso tropical donde los amantes comían coco y se arrullaban con el susurro de las palmeras y la acompasada caricia de las olas sobre sus cuerpos tostados por un sol deslumbrador (no sólo en Toledo se hace poesía, también aquí se nos da con facilidad).

11) Tiene una gran importancia el breve estudio de psicología canina que contiene este romance. El noble animal (me refiero al perro) ha cumplido con su deber olfateando al caballero y ladrando; pero he aquí que su olfateo provoca un intenso drama familiar; un crimen y dos orates. Su mente canina sufre un fuerte impacto y se halla a punto de perder la razón (*ratio canis*) ante la horrenda consecuencia de su inocente olfateo. Este problema fue después tratado por Freud: *El complejo olfativo en el can, provocado por el choque violento entre el consciente, sub-consciente y el para-consciente*. Viena, 1920, página 18, párrafo II, líneas 1, 2 y 3.